El ultimo suspiro

Andreina Hagenaar Satizabal

Capítulo 1

En el pasillo oscuro del ancianato aún se siente el olor de aquella dama de casi 100 años que se sentaba a esperar el día de su muerte. Aun recuerdo aquella mañana cuando por primera vez le ayudé a levantarse de la cama, una mujercita muy bajita con la espalda encorvada y que a pesar de todo aún tenía una vitalidad admirable para la edad.
Andrei! - me llamaba. Extendía su mano huesuda para que la ayudara a sentarse en la cama.
Buenos días señora Soter, ¿ha dormido bien?
Si, anoche pude dormir mejor. Pero esa picazón en la espalda, me despierta a cada rato.
A pesar de su vista corta siempre se fijaba en mi atuendo, me preguntaba: ¿qué animalito es ese que tienes en la franela?
Oh Señora Soter, es una jirafa con anteojos!
¡Que animalito mas gracioso! - respondía.
Aquella anciana de ojos brillantes y de vista corta, había sido una dama de buen estatus social, su esposo un gran arquitecto había desarrollado proyectos civiles en la ciudad, estuvo muy activo en su profesión hasta que un día le detectaron cáncer terminal. Su vida no se prolongó por muchos meses, unos 5 en total, pero se fue muy satisfecho de haber tenido la vida que tuvo, tuvieron un solo hijo, lograron recorrer medio mundo, comieron de los mejores menús y tuvieron la casa soñada diseñada por el mismo.
Ahora la señora Soter confinada en una habitación de un ancianato de 4 metros cuadrados, se sentaba en su silla, la que había sido hecha a la medida para que no lastimara su escoliosis, a recordar aquellos viejos tiempos de cuando era la joven dama. Sus recuerdos a veces la atormentaban y a veces la hacían llorar. La encontré más de una vez con lágrimas en las mejillas. Le preguntaba: ¿Se encuentra bien?
Si, todo bien, solo tengo los ojos irritados, ¿me pones unas gotas para refrescarlos?
Yo sabía que no tenía ojos irritados, pero no quise ahondar en el asunto. Había dejado de socializar con el pretexto que no veía bien y que no escuchaba bien, sus aparatos auditivos los había abandonado en una gaveta del dressoir, quizás pensando en que si no los usaba podía apagar las voces de sus recuerdos que la atormentaban noche y día.
Pedía que le trajeran la comida a la habitación, comía con poco gusto, la comida del ancianato no tenía la misma sazón de Le Pantruche, su restaurante favorito en París. Así que comía muy poco y no siempre estaba satisfecha con el menú.
¿Era para ella quizás haber caído demasiado bajo?
Sus noches las pasaba en su cama llorando y pensando, rogando que ya se acabara, quería irse a descansar, pero su vitalidad era casi inquebrantable, su cuerpo físico parecía un roble pero su ser interno estaba hecho pedazos.

Ya había conversado incontables veces con la psicóloga, la última vez habian hablado sobre la eutanasia, eso habia ocurrido poco antes de su cumpleaños noventa y ocho, habian propuesto un plan de tratamiento y un plan de actividades para que tratar la soledad, todo se quedó en la misma gaveta que los aparatos auditivos.
Ella decidió esperar un año más, quizá la muerte se acercaba de forma natural a medida de que su vida se acercaba a su año número cien. Pero esto no ocurrió. Así que ya cuando se aproximaba su cumpleaños número noventa y nueve hizo venir nuevamente a la psicóloga y a la doctora de cabecera.
Escúchenme bien mis queridas damas, ya hace un año que tuvimos esta conversación, estuve esperando día tras día los últimos trescientos sesenta y cinco días que mi muerte viniera de forma natural, pero eso parece que no va a ocurrir, yo no duermo bien, y el plan de actividades que ustedes me propusieron no he podido seguirlo pues no encuentro ningún placer en ello. Esta comezón en la espalda día y noche me atormenta tanto como mis pensamientos. Le pregunto al cielo, porque no se acaba esto ya? Yo me quiero ir a descansar y esto no es para mi vida. Les quiero hacer una pregunta: ¿Cuándo se me permite morir?
Ambas profesionales sentadas alrededor de la mesa escucharon atentamente los argumentos de la señora Soter.
Lo discutiremos con su hijo. Luego le haremos saber nuestra decisión.
Aquellas semanas fueron agitadas, reunidos en la sala del ancianato, analizaron el problema.
Yo no voy a interferir en los deseos de mi madre, dijo su hijo con voz apagada. Ya yo le ofrecí venir a vivir cerca a nosotros, pero a ella le parece que en la ciudad hace demasiado calor. Yo no puedo venirme a vivir más cerca, tenemos nuestras propias responsabilidades que atender. Si el deseo de mi madre es la eutanacia ya no hay nada mas que hacer, puedo entender que llegar a casi cien años es una larga jornada muy agotadora. Solo una cosa, yo no quiero estar presente el día de la eutanasia, si voy a estar cerca por si se presenta alguna eventualidad. -
Asi concluyeron la reunión.
Aquellos días transcurrieron muy lentamente, aproveche para despedirme de ella, le di la gracias por su amabilidad, ella me agradeció por haber cuidado de ella. Le di un beso en la frente y caminé hacia la puerta, volteé para volverla a mirar, y la vi sentada en su silla mirando hacia la ventana. Ese es el último recuerdo que guardo de la señora Soter,
Una semana después se practicó la eutanasía, en la habitación se encontraba la médico de cabecera, la psicóloga y una de las enfermeras. La señora Soter pidió que la bañaran, y quiso que le pusieran un Kimono que usaba en ocasiones especiales. Se acostó en la cama y escuchó con atención las instrucciones de la doctora, les dió las gracias una vez más por el buen cuidado que había recibido y pidió perdón por la decisión tomada, alegando que ya había alcanzado el límite y que ya no era posible seguir viviendo. Se recostó en la cama, cerró los ojos, entrelazó sus manos y se preparó para recibir la inyección para el dolor primero, luego

un inyección de anestesia, que la hizo caer en un estado de inconsciencia profundo, para terminar con una dosis letal de barbitúricos.
En pocos segundos sus labios secaron instantáneamente, tomó un respiro profundo, y exhaló para dar su último suspiro.
Su cuerpo no fue honrado por el personal del ancianato, su deseo era ser sacada hacia el crematorio sin hacer ruidos de ningún tipo.
Cada vez que entro a la habitación número veintinueve del ancianato pienso en la señora Soter.